EL HUSKY SOLITARIO

EL HUSKY SOLITARIO

HANNAH GOLD

Ilustrado por Levi Pinfold

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

Duomo ediciones

Publicado por primera vez en inglés por HarperCollins Publishers Ltd. bajo el título:
The Lone Husky
© 2025, del texto, Hannah Gold
© 2025, de las ilustraciones del interior, Levi Pinfold
© 2025, de las ilustraciones de la cubierta, Levi Pinfold
© 2026, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti
Traducido gracias al acuerdo con HarperCollins Publishers Ltd.
Hannah Gold y Levi Pinfold hacen valer los derechos morales que los reconocen como la autora y el ilustrador de este libro, respectivamente.

Sin perjuicio de los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para el entrenamiento de tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. HarperCollins ejerce asimismo los derechos que le confiere el artículo 4.3 de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor y derechos afines en el mercado único digital, y reserva expresamente esta publicación frente a la excepción relativa a la minería de textos y datos.

Maquetación: Endoradisseny

ISBN: 979-13-87574-77-2
Depósito legal: B 10.365-2026

© de esta edición, 2026 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: octubre de 2026
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq., 08010 Barcelona
www.duomoediciones.com

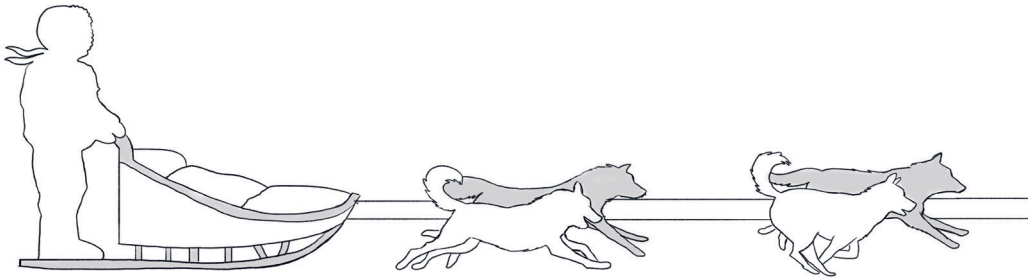
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A., Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A todo el equipo de HarperCollins Children's Books,
la manada más creativa y entregada
que una autora podría desear

MUSHER **PERROS RUEDA** **PERROS DE EQUIPO**



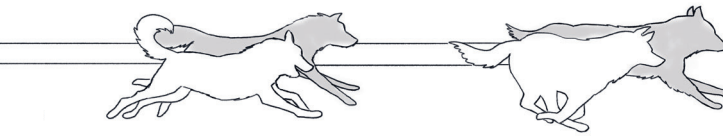
EL *MUSHER*
(o guía) da órdenes al equipo
y controla la velocidad.

LOS PERROS LÍDERES
responden a las órdenes del guía,
encuentran y siguen el rastro.

LOS PERROS DE APOYO
siguen a los líderes
y ayudan a girar al equipo.

PERROS DE APOYO

PERROS LÍDERES



LOS PERROS DE EQUIPO
son los que ayudan a mantener el ritmo.

LOS PERROS RUEDA
son los más cercanos al trineo
y los más fuertes del grupo.

Capítulo Uno

La noche polar

April Wood y su familia se detuvieron en el centro de Longyearbyen y contemplaron la última puesta de sol del año. Hacía veinte grados bajo cero, pero por el fuerte viento parecían aún menos.

Aquel día marcaba el principio de la estación oscura, en que la noche se convertiría en el día y el día en la

noche, y April no podría distinguir el uno de la otra sin mirar el reloj.

—La noche polar —murmuró.

Longyearbyen era la capital de Svalbard, un grupo de islas cerca del Polo Norte. Era un lugar sin límites, escenario de aventuras inimaginables, y una de las pocas partes que quedaban en el planeta donde la naturaleza aún era pura, intacta. Y era donde vivía April.

Eso último no siempre había sido así. Hasta hacía unos seis meses, la niña había llevado una vida totalmente normal, muy lejos del Ártico, en una casita típica de ladrillo, con un cole típico en el que asistía a clases igualmente típicas, sin nada de especial.

La cuestión es que tanta normalidad al final aburre.

Vivir en el Ártico, en cambio, era todo lo contrario. ¿Dónde sino había veinticuatro horas seguidas de oscuridad en invierno? Los dos mil habitantes de Longyearbyen, que eran casi toda la población de Svalbard, se habían juntado en la calle principal para tener la mejor vista de la ceremonia de la noche polar. La celebración

se festejaba cada año a mediados de noviembre. Como aquel era el primer invierno entero que April iba a pasar en Svalbard, también era la primera vez en que ella iba a participar.

Llevaba su abrigo más grueso, un gorro azul con borla, guantes y sus botas de nieve con los colores del arcoíris, y estaba apretada entre su padre y la pareja de él, María. Una situación perfecta, de no ser porque el hombre estaba masticando un caramelo de anís, que eran sus preferidos, y April no oía más que el fuerte «crac, crac». Siempre había tenido un oído sensible, más de lo habitual, y últimamente todavía más.

—Ya empieza —dijo María, alzando el cuello para ver mejor.

En efecto, justo entonces se abrieron las puertas de madera de la única iglesia del pueblo y salió un niño, de unos nueve o diez años, que levantaba por encima de su cabeza una antorcha encendida.

—La antorcha simboliza la luz, claro —susurró el padre de April mientras le posaba una mano enguantada

en el hombro. Por suerte, ya se había acabado el caramelo y ella pudo concentrarse en sus palabras—. Y esta sencilla procesión representa el último recorrido del sol por el cielo antes de desaparecer.

—No volveremos a verlo hasta marzo —añadió April, maravillada.

—¡Cuánta oscuridad! —A María le dio un escalofrío y se apretó la bufanda aún más fuerte. Era española y, aunque se había adaptado sorprendentemente bien a Svalbard, la idea de un invierno entero sin sol seguía poniéndola nerviosa.

—No seríamos humanos si no le tuviésemos miedo a la oscuridad —sentenció el padre de April con una sonrisa tranquilizadora—. Pero no hay nada que temer. La noche polar se debe sencillamente a la inclinación del eje de la Tierra. En términos científicos se la considera...

—Edmund, sigo sin entender cómo consigues quitarle la emoción a todo. —María le puso a April una cara divertida de «este hombre no tiene remedio»—. Esto no es solo ciencia, es...

—Magia —la niña acabó la frase.

—Técnicamente no es magia —insistió él, pero las dos se habían tapado las orejas con los dedos y los tres rieron.

—¡La ceremonia! —April soltó un gritito—. ¡Mirad!

El chico de la antorcha había llegado al final de la calle principal y ahora estaba cara a cara con el gobernador del pueblo, un hombre alto y corpulento, ante un gran barril lleno de agua.

Se dirigió al público en noruego, la lengua principal de Svalbard. April había llegado a entenderlo bastante; desde luego, más que su padre, que era una de esas personas a las que aprender idiomas les resulta imposible. Apenas sabía pedir un café y, aun así, a veces le traían té (y, una vez, hasta un bol de galletitas para perro) por error.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, interesado.

—Algo de que ha llegado el momento —tradujo April—. Que damos las gracias por el sol, pero también por la oscuridad. Porque la oscuridad da su propia luz:

la luz de la comunidad y... No he entendido lo siguiente, pero creo que va de que es una ocasión para unir a la gente, para cuidar a los demás y a nosotros mismos.

—Como recargarnos. —Asintió María—. Recargar el alma. Sí, me vendrá bien.

Cuando el gobernador acabó su discurso, todos aplaudieron y vitorearon, acompañados por unos cuantos aullidos y ladridos. Allí los gatos estaban prohibidos porque podían dañar a la fauna local, y casi todo el mundo tenía un perro como mínimo; normalmente eran huskis «jubilados», aunque también de otras razas. April a veces dudaba de si había más perros que humanos. No le importaba: normalmente prefería a los animales.

Por fin, el público bajó el volumen hasta un murmullo.

Guiados por el gobernador, todos contaron hasta diez, mientras el niño seguía manteniendo la antorcha en alto. A continuación, y tras una pausa dramática, la metió en el barril. La llama brilló por última vez, al igual que el sol había desaparecido ya tras las cimas de las

montañas, antes de extinguirse por completo. April contuvo el aliento. Percibió en el aire una sensación extraña, casi de miedo; resultaba difícil definirla, pero parecía referirse a que algo estaba a punto de cambiar.

Había comenzado la noche polar.

—Bien. —Su padre se metió otro caramelo en la boca—. ¿Qué? ¿Volvemos a casa?

Su «casa» era en realidad un hotel.

A algunos podría parecerle raro, pero, para su familia, vivir en el Arctic Lodge se había convertido en lo más normal del mundo.

Todo había empezado en febrero, cuando April y su padre habían acudido a Svalbard a encontrar a su mejor amigo. Que el mejor amigo de April fuera un oso polar salvaje también resultaba curioso, pero para ella aquella amistad era lo más real de su vida y nunca nada iba a cambiar eso. Por suerte, el dueño del hotel, Jurgen, se mostró tan dispuesto como entusiasmado por poder ayudar. Durante aquella aventura, y no sin enfrentarse a

unos cuantos peligros, April consiguió encontrar a Oso y salvar a su cachorrillo, Maní.

Después de aquello, el padre de April se dio cuenta de que el Ártico era el lugar ideal para su hija y, para gran sorpresa de ella misma, decidió que se quedarían a vivir en Svalbard, y no había otra posibilidad que el hotel de Jurgen. Ahora su padre era uno de los científicos del Instituto Polar, y María daba clases en la única escuela de primaria. Aunque vivían en uno de los lugares más fríos del mundo, April nunca lo había visto sonreír con tanta calidez.

Cuando no estaba en el cole o ayudando a su amiga Hedda a cuidar de sus huskis, iba a ir a ver a su amigo siempre que podía (cosa que no conseguía muy a menudo, tratándose de un oso polar). Pero a April le bastaba con saber que estaba lo bastante cerca como para que él pudiera olerla.

Mientras subían la colina camino del hotel, donde las luces de las ventanas parecían parpadear alegres, su padre le pasó un brazo por encima de los hombros. Ella ya

era demasiado mayor para que la levantara en el aire, como cuando era pequeña, pero la estrechó contra él.

—¿Cómo era esa canción que cantabas siempre? —le preguntó—. La de los cocodrilos.

—¡Oh! —April rio e intentó ocultar con el gorro que se había puesto colorada—. ¡Hace años que no la canto!

—Pero ¿cómo era? —insistió él—. Era algo como: «Estoy feliz feliz feliz...».

—«Tan feliz —siguió ella, viendo cómo la miraba—, tan contento y tan tranquilo, que no me dan miedo ni los cocodrilos».

Su padre soltó una risotada tan fuerte que ella se animó a seguir aún más alto. Hasta María se unió y acabaron cantando los tres a grito pelado.

—«¡Estoy feliz feliz FELIZ!» —entonaron juntos. Aunque quizá entonar no era la palabra correcta, porque si había algo que April no dominaba era la afinación.

Pero poco importa afinar cuando se es tan feliz.

Aparte del verano que había pasado en Isla del Oso

hacía un par de años, cuando conoció a Oso, aquellos últimos meses en Svalbard estaban siendo los más felices y bellos de su vida.

Y no quería que nada lo estropeara.

Capítulo Dos

Un nuevo hogar

El Arctic Lodge consistía en tres contenedores de cargamento conectados, en la cima de la colina desde la que se veía todo Longyearbyen. Cuando April y su padre llegaron, estaba viejo y descuidado, y apenas recibía clientes. Desde entonces, él había estado ayudando a Jurgen a remodelarlo, y su aspecto era mucho más acogedor.

Mientras llegaban, vieron a una familia de cuatro ante la puerta recién pintada y a una pareja que salía a hacer una excursión en motos de nieve. La mayoría de los huéspedes iban de vacaciones, al menos aquellos lo bastante valientes (o imprudentes) como para decidir pasarlas en el Ártico. La idea era invitar también a grupos de escuelas para vivir una ecoaventura. April se había acostumbrado a las idas y venidas de los clientes; aunque a veces echaba de menos estar sola y en silencio, el ajetreo constante no la molestaba. Era como si el hotel tuviese una energía propia y solo hubiera estado mucho tiempo esperando a que alguien le insuflara vida.

Como era costumbre en Svalbard, se quitó las botas de nieve a la entrada y las cambió por unas cómodas pantuflas. En el mostrador de recepción, Jurgen le estaba enseñando a un nuevo empleado cómo hacer los *check-ins* en el sistema informático que había montado.

—¡Hola, amigos! —los saludó, alegre—. ¡Ya estáis de vuelta!

Jurgen era de nacionalidad alemana, pero llevaba

más de diez años viviendo en Svalbard. Era solo un poco mayor que el padre de April, le encantaban los relojes de bolsillo con un montón de detalles (lucía uno de ellos en su chaqueta cruzada), las películas que le llenaban los ojos de lágrimas y tomar té con leche en tazas enormes. Tenía el corazón más grande que un alce entero y era una de las personas preferidas de April.

—¡Ya es oficialmente la estación polar, así que espero que estéis listos para el lado oscuro! —Otra cosa que le gustaba a Jurgen era reírse de sus propios chistes, y eso hizo—. He hecho estofado, pero no te preocupes, April, no hay ni un trocito de reno —añadió, pues sabía que ella era vegetariana.

A pesar de que le sonaban las tripas, la niña no tenía tiempo para almorzar.

—No puedo —dijo mirando su reloj—. Tengo que ir a un lugar muy importante.

Y, todavía más importante, tenía a alguien muy importante a quien ver.

Ese alguien era Oso.

Era su última oportunidad de estar con él antes del invierno, cuando, al igual que los demás osos polares, se dedicaría a vagar por el helado terreno ártico en busca de comida. Era la estación en la que más se alimentaban y a menudo recorrían enormes distancias en busca de focas. April no tenía ni idea de hacia dónde iría Oso. Durante el invierno, el hielo firme que rodeaba la punta norte de Svalbard se extendía en su mayoría en dirección al Polo Norte. Lo único que sabía era que estaba desesperada por verlo antes de que se fuera.

Su padre frunció el ceño hasta que se le juntaron las cejas.

—No entiendo cómo accedí a esto —murmuró—. ¿Qué otro padre le permitiría a su hija hacerse amiga de un animal peligroso?

—Oso no lo es —replicó ella—. Sabes que nunca me haría daño.

—Hummm —hizo él, nada convencido.

—Hicimos un trato, ¿recuerdas?

April observó la cara de preocupación del hombre y

cruzó los dedos. «Por favor, que no le dé por cambiar de idea». Le había costado muchísimo conseguir que aceptase sus encuentros. Hacía meses ella se había perdido en Svalbard, llegando casi a morir, así que, muy comprensiblemente, a su padre ahora no le gustaba nada que corriera ni el más mínimo riesgo.

—Edmund, es cierto que estuviste de acuerdo en una última visita antes de que llegue el invierno del todo —le recordó María con tono amable—. Estoy segura de que April va a ir con cuidado. Ha demostrado ser muy capaz de cuidarse sola, ¿no crees? Además, ya no es una niña.

Él la contempló y casi pareció sorprendido al ver que, en efecto, ya no era tan niña. Ahora tenía las mejillas más delgadas, angulares, y una mirada más directa. El Ártico siempre hace que la gente parezca mayor de lo que es; la dureza de la vida allí envejece a cualquiera.

—No voy a ir más lejos que la cabaña de Hedda. —Le posó suavemente una mano en el brazo—. Promesa de oso polar... que, como sabes, es la más fuerte que existe.

—Vale —aceptó él por fin—. Pero estarás de vuelta como muy tarde a las siete, ni un segundo más.

La habitación de April estaba en la parte trasera del hotel. No había confusión posible porque tenía un cartel en la puerta que decía:

Habitación de April

Y, por si no quedaba claro, había añadido debajo: PRIVADO. Era la única parte del edificio donde nadie podía molestarla y quería que siguiese siendo así.

Echó un vistazo al reloj de pared y tragó saliva. ¡Caramba, ya era más de mediodía! Se abrigó rápidamente con varias capas de ropa de lana, una chaqueta de cordero y pantalones impermeables. Antes de irse cogió la mochila que había dejado preparada, y que contenía todo lo que iba a necesitar para ir a la tundra, la inmensa parte de Svalbard más allá de la seguridad del pueblo.

Nunca salía de allí sin la mochila. Contenía una pis-

tola de bengalas, un móvil por satélite, paquetes de comida deshidratada, un pequeño hornillo portátil de gas, un silbato para perros, una linterna, pilas, cerillas, ropa de repuesto, un saco de dormir y, lo más importante, al menos esta vez, un tarro de mantequilla de cacahuete.

Aun con su grueso abrigo encima de todo lo demás, en cuanto salió por la puerta sintió la dentellada del frío. Desde el final del verano no se había formado demasiada nieve, aunque sí la suficiente como para cubrir el suelo y espolvorear las montañas. Se subió a la moto de nieve y la sacó marcha atrás de la plaza de aparcamiento. El vehículo en realidad no era suyo, pero Jurgen le dejaba usarlo, ya que él pasaba casi todo su tiempo encerrado en el hotel, asegurándose de que todo funcionara con la precisión de un reloj.

Hizo unos cálculos rápidos. Iba a tardar unas tres horas hasta llegar a la cabaña de Hedda, la que la anciana usaba cuando pasaba la noche en la tundra. Contando otras tres horas de regreso, eso le dejaba un poco menos de una hora.

No era mucho tiempo.

Tampoco tenía ninguna garantía de que Oso se presentara. A fin de cuentas, era un animal salvaje, no se ajustaba en absoluto a la medida del tiempo de los humanos. April sintió un retortijón. ¿Y si él ya había comenzado su migración invernal? ¿Y si no podía darle un último abrazo? ¿O enterrar la nariz en su cálido pelaje y sentir cómo le lamía la cara?

Agitó la cabeza como sacudiéndose las dudas. Como mínimo tenía que intentarlo. Giró el manillar y se puso en marcha.